



LUIS ROYO Y VILLANOVA



Aquella «Guerra á la tisis!» que pedía Suñer y Capdevila, después de pedirla también para cosas más altas, es una guerra que preocupa hoy á los médicos casi tanto como la guerra europea á los diplomáticos, y el *Guerrita* á los taurófilos.

La cruel enfermedad ha resistido valientemente á los baños de Panticosa, á los de Urberuaga y á la linfa de Koch; pero ya se ha descubierto el verdadero, el eficaz, el «único remedio», como dicen los *maestros cantores* de la lotería; y esta vez sí que va de veras.

Se trata de la transfusión de sangre de cabra, procedimiento inventado para los tuberculosos, por el Dr. Samuel Bernheim, á quien los tísicos deben quedar tan agradecidos como agraviadas quedarán las cabras seguramente.

—¡Gracias, Dios mío!—dirán ahora los enfermos del pecho, dirigiendo las miradas al cielo, y hacia el sitio en donde se encuentran las siete cabrillas.

Luego se dejarán abrir las arterias para recibir en ellas el líquido precioso, á cuyo influjo triscarán llenos de júbilo, prorrumpiendo en balidos de agradecimiento y rumiando á solas tanta y tan salubre felicidad.

El Dr. Samuel Bernheim ha completado la doctrina del Dr. Charles Darwin; si éste nos dijo de donde venimos, aquel dice á donde vamos á parar.

Ya no cabe duda: el hombre viene del mono y va á la cabra.

No sabemos la influencia que el matrimonio podrá tener en esto último; pero es un hecho que el hombre tira á la cabra así como la cabra tira al monte.

La mitología griega, que hizo de uno de los cuernos de la cabra Amaltea símbolo de abundancia y de prosperidad, presintió acaso que, no ya sólo los cuernos, sino todas las cabras del siglo XIX, serían símbolo de otra abundancia más envidiable, aunque no tan envidiada como la abundancia material, cual es la abundancia de la salud.

Aquel dios Pan, aquellos faunos, aquellos sátiros que pinta Ovidio, en las *Metamorfosis*, con busto humano, pero con pierna y rabo de macho cabrío ¿serían invenciones del poeta ó serían tísicos en vías de curación?

—¿Qué ha sido de Antofito?—diremos dentro de poco—¡pobrecillo! le habían deshauciado en Panticosa.

—Ya tiene los pulmones como nuevos, gracias á la sangre de cabra; pero bueno y todo, causa más lástima que cuando estaba enfermo.

—La miseria quizás...

—Cá; no señor; empiece V. porque ha desfondado á mordiscos todas las sillas de paja

que había en su casa; le da también por comerse las clavellinas en cuanto empiezan á brotar de las macetas y si sale á paseo hace un destrozo en los jardines públicos y en los viveros municipales.

—¡Infeliz! Se habrá vuelto loco.

—Nada de eso; pero ¡ya vé V! la fuerza de la sangre...

Dios nos libre de la tuberculosis, más que por ella por, el remedio que ha salido de nuevo.

Y Dios quiera también que terminen pronto en los escenarios médicos las representaciones de la nueva comedia de magia:

Todo lo puede el amor (á la ciencia) ó sea *La sangre de cabra*.

Preferimos los tísicos conocidos á las cabras por conocer.

Mas tales y tan maravillosos pudieran ser los resultados de esos ensayos «á primera sangre», verificados en París, que no hubiera más remedio que inclinar la cabeza, reconociendo que si el hombre es el rey de la creación, las cabras son los ministros responsables, ya que su sangre es, después de todo, la que paga el pato.

Viva la gallina y viva con su pepita, diríamos entonces.

Es decir: viva el tísico, aunque trisque, bale y rumie como otro hervíboro cualquiera.

De hoy más, los huéspedes de Panticosa seguirán cazando en el Pirineo *sarrios* ó cabras silvestres, mas no por diversión, como ahora lo hacen, sino para echarse su sangre al cuerpo.

Y no nos extrañará tampoco ver algún día que las cortesanas de París, en vez de morir tísicas como *La Traviatta*, pasean alegres y robustas con una cabra detrás, como *Dinorah*.

Es de temer que el invento sea mal recibido por las clases aristocráticas.

¿Qué noble, por mucho que ame la salud, consentirá en adulterar su sangre azul con la roja y humilde sangre de una cabra?

Los propietarios de ganado cabruno quizá protesten en París de la nueva terapéutica.

Y los pastores ya han protestado.

Al menos, hay allí una porción de pastores protestantes.

LUÍS ROYO VILLANOVA.



A UNA HERMOSA MAMA

Para darte á conocer
que te profeso cariño
quiero apadrinar al niño
que te acaba de nacer;
pero, amiga, has de saber
(y conste que no te engaño)
que, aunque te parezca extraño,
fuera mejor para mí
sacarte de pila á tí...
siendo la pila de baño.

MANUEL LASSA.

LA CAIDA



HABÍA llegado la hora. Cuatro hombres téticos, repugnantes, sombríos, entraron en la triste estancia; sin miramientos ni contemplaciones, levantaron en vilo el cadáver de la infeliz que yacía entre dos velas y sobre una mesa de pino por toda cama imperial, y cargando con él, se lo llevaron al cementerio en la caja de la parroquia; ninguna persona caritativa siguió al fúnebre cortejo; los pobres no tienen amistad y expuestos á las furiosas tempestades del mundo. Aquella mujer que acababan de robar para siempre á sus hijos, dejaba dos criaturas á las puertas de la miseria: un niño de cinco años y una joven de diez y seis primaveras; dos hojas de rosa que se llevaría el primer turbión de su nueva vida de orfandad.

La noche de aquel día del entierro sorprendió á la desgraciada muchacha llorando amargamente; su hermanito, viéndola verter abundante llanto, gimió también sin saber por qué; en su tierna edad, su mente virgen, purísima, no alcanzaba la magnitud de su desgracia. Junto á su madre sentíase la jovencita con fuerzas para afrontar cuantos contratiempos surgieran al paso; pero ahora, sola, sin contar más que consigo misma, no se atrevía á mirar hacia el porvenir cerrado de nubes. ¿Qué iba á ser de ella y del niño? El trabajo apenas iba á ser de ella para comer, contando con que no faltase algún día; no le quedaban cuatro muebles que pudiesen ser vendidos provechosamente en caso de apuro; en última instancia, sin conocer á nadie, ni aun tenían el recurso de acudir en demanda de auxilio á ninguna persona, de llamar á las puertas de ningún corazón... Los vecinos, únicamente los vecinos, les habían tendido una mano piadosa en aquellos días horribles de la enfermedad de su madre... Pero... ¿qué iban á hacer en su favor los vecinos, albañiles, lavanderas, jornaleros humildes, pobres como las ratas?...

A la mañana siguiente, dejando al pequeño con los chicos de la señora de allado, salió á su trabajola joven, interrumpido mientras su madre permaneció de cuerpo presente. Pronto el camino se alfombró de nuevas espinas y su calvario se recrudeció con más acerbos amarguras; el abismo se agrandaba, acercándose fatalmente. Un día, el dueño del almacén de ropa blanca para el que la muchacha cosía, se declaró en quiebra y faltó la labor y por ende

el pan. En vano recorrió la sin ventura las demás tiendas; encontró sus puertas cerradas; en todas partes se la contestaba lo mismo: había escasez de encargos y, como consecuencia, holgaban las oficiales, muchas en número. Lloró, suplicó, no dejó rincón que no recorriese inutilmente; el espantoso fantasma del hambre la había escogido por presa suya. Un día el casero manifestó á la jovencita que no podía esperar más el saldo de los haberes que se devengaban, la reclamó su pago y la conminó con arrojarla del cuarto; esto llenó la medida.

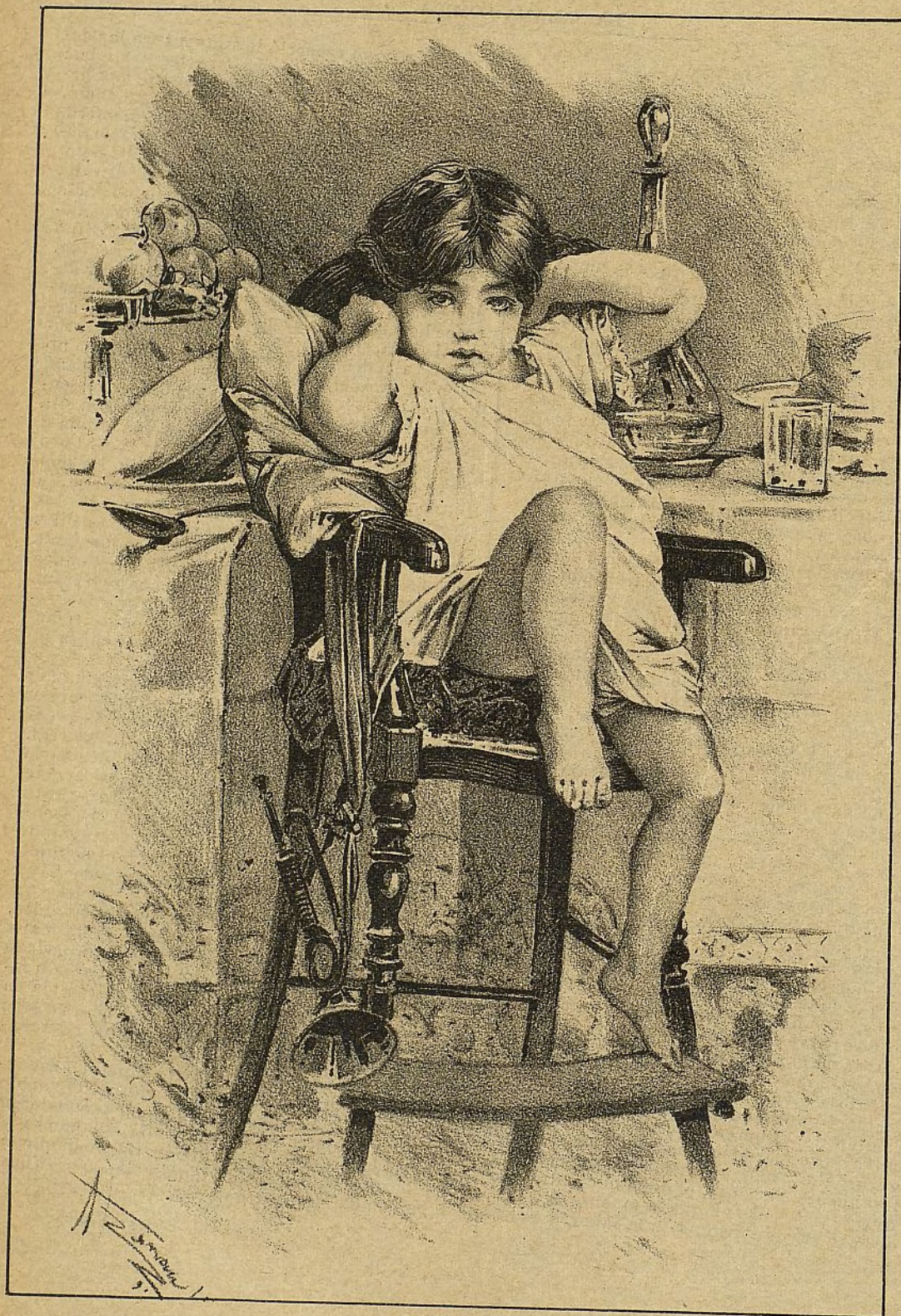
Aquella noche salió á la calle la infeliz desesperada, con la muerte en el alma; hacía catorce horas que su hermanito le pedía con angustia pan, sin que pudiera dárselo; la criaturita estaba desfallecida de hambre. La joven no supo por qué dejaba su guardilla ni donde iba: á cualquier parte; donde la llevara la suerte. Sentía hervir algo abrumador en el cerebro; si ella hubiera sido sola, habría buscado una salida á su situación en la muerte, suicidándose. Pero no se pertenecía; el recuerdo del niño inocente, confiado á su custodia, al que adoraba, le prestó alientos para apurar el cáliz hasta las heces. Arrimóse á una esquina y medio oculta en la obscuridad, alargó una mano en demanda de una limosna; un fuego intenso le quemaba las mejillas cada vez que veía acercarse una persona; nadie le dió nada; no hubo una Providencia que se fijara en aquella mano trémula, horrorizada, que surgía de la sombra pidiendo auxilio.

Ya iba á retirarse loca, delirante, cuando acertó á pasar un hombre que se paró, miróla con fijeza y se acercó á ella, hablándola quedito; la desdichada, al escuchar lo que el transeunte la decía, sintió como un martillazo en la cabeza, la tabletearon las sienes, un frío intenso la invadió el cuerpo y el espíritu; estuvo á punto de caer, la faltó la voz y no acertó á contestar palabra, pero inclinó la cabeza afirmativamente y echó á andar con el desconocido, vacilante y con paso inseguro como si estuviera ebria...

Dos horas después, el inocente huerfanito, que se despertó al oír entrar á su hermana en la guardilla, mordía con deleite un pedazo de pan que la jovencita le entregó, ya sin lágrimas, pero con un sollozo que no rompía en llanto, en el alma, posado en el pecho, en esas honduras donde anidan las penas que nadie enjuga ni consuela.

Y al poco tiempo, publicaba aquel transeunte que socorrió á la muchacha un folleto sobre higiene, en el que, estudiando el modo de ser de las mujeres caídas, atribuía solamente al vicio la causa de su perdición, negando que en ella interviniese nunca la miseria, que calificaba como un pretexto de novela.

ALFONSO PEREZ NIEVA.



¡CASTIGADA!
(Cuadro de E. Munier.)

EL TRABAJO DE LA ELVIRA, POR LUQUE



CUANDO IBA Á ENTREGAR.



DESPUÉS DE ENTREGARLO.

COSAS NUESTRAS

¿Que se pierde una cosecha?
¿que llueve mucho un invierno?
Pues enseguida se le echa
toda la culpa al Gobierno.
¿Que el tren que esperamos viene
con dos horas de retraso?
Pues el Gobierno es quien tiene
toda la culpa del caso.
¿Que un enemigo un revés
nos atiza, formidable?
Pues, nada: el Gobierno es
el único responsable.
¿Que á destruir y á robar
se echa al monte una partida?
Pues al Gobierno hay que echar
toda la culpa enseguida.
¿Que se le estanca el retrete
á uno, ó le sale un divieso?
También es el Gabinete
quien tiene la culpa de eso.
Sube el Gobierno mejor
al poder—es un decir—
y aunque se advierta el rigor
con que hace la ley cumplir,
le achacamos todas las
desdichas que quedan dichas
y no vemos en él más
que el rigor... de las desdichas.
Aquí domina el criterio,
si es criterio esa opinión,
de que cada Ministerio
es una odiosa mansión,
donde fabrican sin coto
de infortunios un enjambre:
la epidemia, el terremoto,
y la tormenta y el hambre.
Y siempre entre el elemento
popular—la gente honrada—

de cada departamento
hay una idea formada.
En *Guerra*—dicen—se encierra
un pensamiento falaz:
el de darnos mucha guerra
y no dejarnos en paz.
De *Gracia*—los recelosos
piensan y dicen—nos largan
esa turba de «graciosos»
que al más paciente le cargan.
No son los males que inicia
Justicia un grano de anís,
y el mejor día *Justicia*
va y ajusticia al país.
¿*Marina*? ¡Pues ahí es nada!
A Chile hay que recordar,
y temer mucho á la armada,
por la que se puede armar.
¿*Fomento*? Palabra ambigua
que esos recelos aumenta,
porque ¿quién diablo averigua
lo que Fomento fomenta?
Gobernación ¿qué es lo que
nos dá? Con fines cruentos,
el orden, que es uno de
los últimos sacramentos.
A *Ultramar*, no sé, en conciencia,
qué se le pueda imputar;
pero yo oigo con frecuencia
decir: non plus ultra... mar.
Triste es de *Estado* el papel,
no le hace caso ninguno;
importa mucho más el
estado de cada uno.
Pero no hay quien desatienda
á *Hacienda*, siempre temiendo
que para mermar su hacienda
la estén en *Hacienda* haciendo.

Jamás en pintura ver
se pudo—por qué, lo ignoro—
á un Ministerio, á no ser
en *El Motín* ó en *El Loro*,
y siempre la oposición,
liberal ó ultramontana,
ha contado y cuenta con
toda la nación hispana.
En fin, que es tradicional,
y será costumbre eterna,
tener un odio mortal
á todo el que nos gobierna.
Mas ¿se echa mil maldiciones
al Gobierno? Bueno; pues
vienen unas elecciones,
es un digamos, después.
Si al Gobierno nadie puede
aguantar, y es un infierno
el país, lo que procede
es derribar al Gobierno;
pero ¡oh, pueblo bonachón!
siempre dispuesto á olvidar!
el acto de la emisión
de los votos al llegar,
sin que te lo impida aquel
cúmulo de perrerías,
vas y votas en pró del
Gobierno que maldecías.
—¡Triunfó el Gobierno! ¡A vivir!—
dices, y en tu fuero interno
no cesas de maldecir
y criticar al Gobierno...
Yo en deducir no soy ducho,
pero deduce un atún
que en España, ó mienten mucho,
ó no hay sentido común.

FERNANDO SEGURA.

UNA VISITA DE ENCARGO

Cuando estuve en Alcañiz,
me encargó Sofía Ortíz
que en cuanto á Madrid llegara,
de su parte visitara
á una tal Paquita Ruiz.

No bien á Madrid llegué,
me puse muy elegante
y á cumplir me apresuré,
sin perder un solo instante,
la palabra que empeñé.

Voy á la calle del Prado,
número tres duplicado;
al piso segundo llevo,
y me recibe un criado
completamente gallego.

—¿Está en casa la señora
doña Francisca?

—Está en casa.

¿Le anuncio á usted?

—Sin demora.

Y á un gabinete me pasa,

en donde espero una hora.

Cuando yá me iba á marchar,
Paquita se presentó.
Saludé, me saludó
y sin saber de que hablar
nos quedamos ella y yo.

Y al decirle que cumplía
el encargo de Sofía,
me dijo que lo extrañaba,
porque no la recordaba
por más esfuerzos que hacía.

Hablamos, por fin, de asuntos
diversos, tocamos puntos
que por ser breve no cito;
asuntos que todos juntos
no me importaban un pito.

Convinimos en lo malo
que está el mundo, y ampliamente
murmuramos de Vicente,
de Facundo, de Gonzalo...
¡de todo bicho viviente!

En concepto de truhan
cité á un desdichado Juan:
á mi amigo Juan Garcés,
que murió de un zaratán
en las Navas del Marqués,
después de haberme dejado
sin un real el condenado,
que estaba de trampas lleno,
sobre ser mal educado
y algo amigo de lo ajeno.

Desde luego convinimos
en que era un hombre incivil,
y á vuelta de insultos mil
sin compasión le pusimos
como hoja de perejil.

Por fin la escena corté
y, no sin pena, dejé
á aquel ángel de candor,
diciéndole:—Cuenta usted
con un nuevo servidor,
que aunque cumple lo mandado,

no dirá «esta boca es mía,»
pues si supiera Sofía
que Paca Ruiz la ha olvidado
de fijo lo sentiría.
—¿Pero usted piensa sin duda
que habla con Paca Ruiz?

—Pues...

—¡Si se mudó hace ya un mes!
Yo soy Francisca Cernuda,
la viuda de Juan Garcés.
Quedé turbado y corrido;
y al ver de la dama el gesto,
la dije:—¡Qué bruto he sido!
Perdone usted que haya puesto

como un trape á su marido.

A lo que ella contestó:
—¿Cree usted que me ofende? No.
¡Si eso lo que prueba es que
ninguno le conoció
tan á fondo como usted!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

A UN POETA INFELICE

Mi buen amigo Ramón:
hace ya bastantes días,
recibí la colección
de tus lloronas poesías,
que acaba de publicar
el editor Campuzano
con el fin de... fastidiar
á todo el género humano.

Cincuenta composiciones
contiene el libro... ¡Ay de mí!
de tres ó cuatro *tirones*
las cincuenta me lei;
y—¡lógico resultado
de tan dañina lectura!—
estoy en cama postrado,
con una atroz calentura.

La dolorosa impresión
que experimenté al saber
tu tristeza, tu aflicción,
tu constante padecer,
me ha conducido á este extremo,
á este extremo tan fatal...
Tú dirás que soy un memo,
¡siempre lo fui, por mi mal!
Y, por serlo, sufro ahora,
como propios, los martirios
que tu librito atesora

bajo el nombre de *Delirios*.
¡Qué tormentos tan horribles
te han hecho sufrir, Ramón,
las mujeres insensibles
que no tienen corazón!...

Veo, por lo que relatas,
que contigo ¡Dios clemente!
se han portado las ingratas
de una manera indecente.

¡Inés turbó tu reposo
y eterno amor te juró...
y á sus promesas faltó
dándote un mico espantoso.

Rosa te robó la calma;
tú pensaste que era fiel
y ella derramó en tu alma
cántaros de amarga hiel.

La hermosura de María
te hizo soñar con la gloria;
pero ella á quien más quería
era á un primo que está en Coria.

Loco te volvió la Patro—
una huri, según tú dices—
y, al fin te dejó con cuatro
ó seis palmos de narices.

Luego te engañó Martina;
después de Martina, Pura;

después de Pura, Joaquina,
y después ¡oh, desventura!
ocho ó diez mujeres más...
¡horror, terror y furor!
Mujeres de Barrabás,
habeis agostado en flor
las lozanas ilusiones
de un poeta, cuya lira
lanza horribles maldiciones,
y gimotea, y suspira,
y asegura con acento
de profunda convicción
que *Dios hizo de cemento
el femenino corazón*.

En fin, ya se ve que eres
un hombre muy desdichado;
ya se ve que las mujeres
tu cerebro han trastornado.

Y como juzgo imposible
curar las graves heridas
que en tu corazón sensible
hicieron las fementidas,
ruégote, que, al recibir
esta epístola, te mates;
y así acabas de sufrir...
¡y de escribir disparates!

TOMÁS CAMACHO.

¿ LO SABEN ?



Me refiero á esos infelices maridos á
quienes engañan sus mujeres.

Para que no se alboroten las niñas
menores de seis años, (porque las de
siete escuchan estas cosas con cierta sonrisita
que hiela la sangre) me explicaré.

Las señoras que engañan á sus maridos son
aquellas que les dicen:—Mira, voy á misa y á
por pescar;—y no dicen la verdad, porque van
después á otro recaó.

Una vez tranquilizada la juventud, engolfé-
monos en el problema, que es de los más obscu-
ros y laberínticos.

Ya sé yo que, desde lejos, todos estos maridos
parecen sabedores de su desdicha.

Una mujer del pueblo le decía cierta noche
á un cochero de punto:

—Yo en mi vida le he dao los buenos días
porque ese es un... *desaminao*.

Fijémonos en que lo de *desaminao* quería deci-
tanto como *aprobado*, hombre que conocía per-
fectamente la asignatura y á quien el tribuna-
juzgaba apto para ejercer en todas partes.

Pero fijémonos también en que la mujer con-
fesaba no haber dado jamás los buenos días
aquel hombre.

Y ahí está el quid.

Porque el *desaminao* á quien usted teng-
por más sobresaliente, le parece á usted otr-
cosa en cuanto le trata.

Un día se mete un amigo común entre usted
y el marido en cuestión, hace la presentació-
y ya son ustedes amigos.

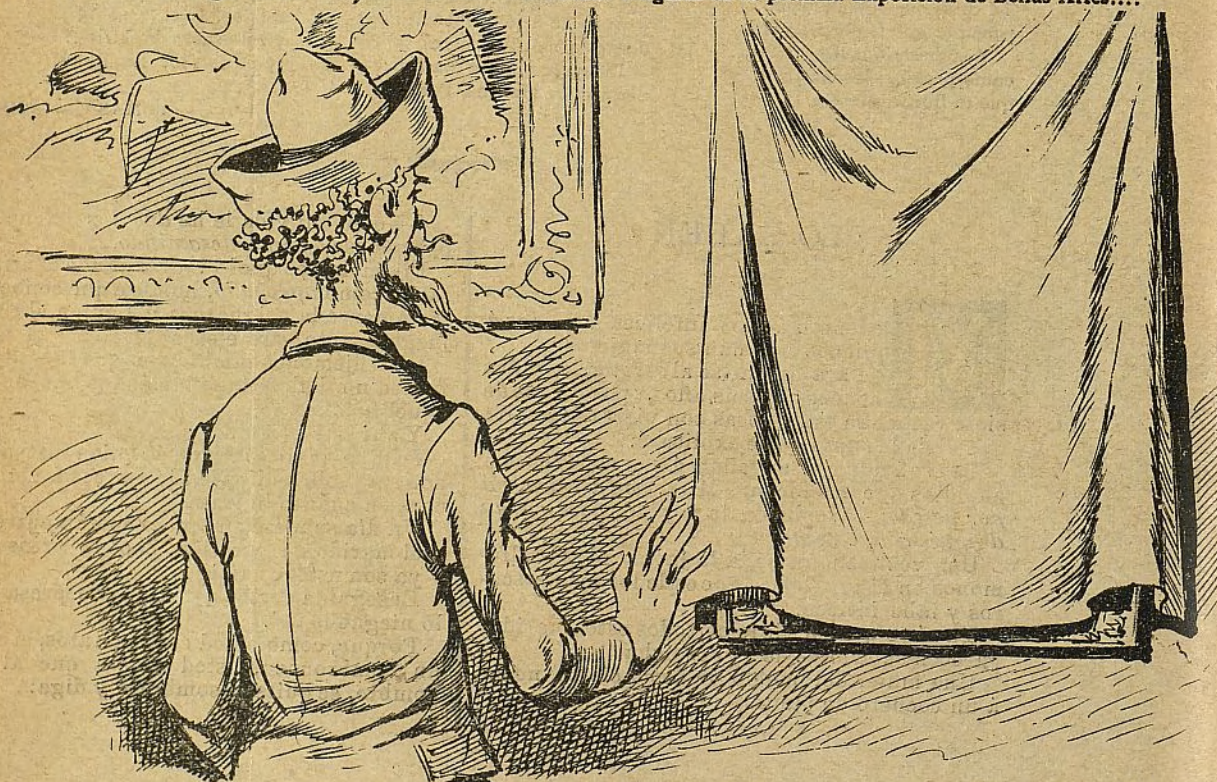
Enseguida recibe usted una sorpresa: no m-
lo niegue usted.

Porque, como usted está en autos, si el tal
un hombronazo, usted espera que al oír s-
nombre, se quite el sombrero y diga:

EL RETRATO DEL SEÑOR CONDE, POR MECACHIS



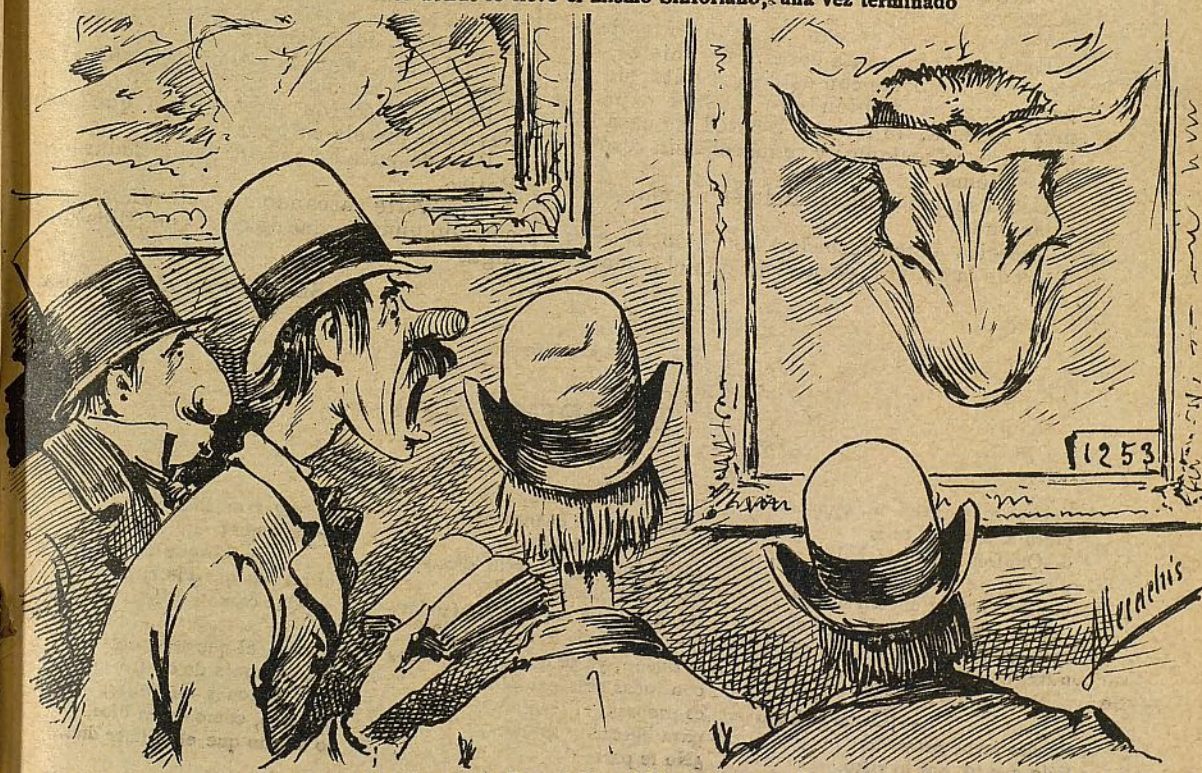
¡Con qué asombroso parecido, con qué irreprochable factura, con qué cuidadoso esmero había tratado Sinforiano el retrato del señor conde de Migas Calientes! Estaba el cuadro destinado á figurar en la próxima Exposición de Bellas Artes....



Sin prever que los mozos encargados de colocar los cuadros, podían poner—como pusieron—el suyo cabeza abajo;



A donde lo llevó el mismo Sinforiano, una vez terminado



dando lugar á que se leyera en el Catálogo de la Exposición: «Número 1253.—Retrato del Sr. Conde de Migas Calientes.»

—¡Muuuú!
Y si es hombrecillo y enclenque, exclame:
—¡Beecéé!
Pues nada de eso.

El hombre habla como usted y como yo, es muy cortés, es, sobre todo, muy discreto, fuma buenos cigarros y no los escatima, se expresa con desembarazo (segunda sorpresa para usted, que se lo figuraba tímido y encogido) es un hombre conocedor de las historias que corren acerca de él y, por último, no le cuesta trabajo decir una ocurrencia graciosa cuando viene á pelo y sin ofender á nadie.

Como que generalmente hace reir á expensas suyas y sabe sacar un gran partido de su delgadez, de su obesidad (que es lo más frecuente), de si tiene la vista cansada, aunque no diga de qué, de si lleva gaban de pieles...

No; seamos exactos: de ciertas cosas no habla nunca.

Bromas que puedan llevar la conversación al terreno del ganado lanar, están proscritas de su repertorio.

Yo creo que lo hace así por cortesía, por evitar al interlocutor la embarazosa situación del que tiene que mentar la sogá en casa del ahogado; y si es así, hay que agradecersele.

Porque á pesar de la agradabilísima impresión que la conversación de aquel caballero produce en usted; á pesar de que usted está encantado y casi achicado; á pesar de los pesares, á usted no se le ha ido todavía la escama; usted está esperando de un momento á otro que el caballero diga, sacando los puños de la camisa y soplando la ceniza del cigarro:

—Mire usted: de mi mujer dicen que me la pega; y es verdad.

Y espera usted en vano, porque no lo dice.

Habla de cincuenta cosas, dice chistes, está siempre conforme con usted y suelta, sin embargo, alguna opinión que á usted le parece muy sensata, le ofrece á usted su casa (sin que parezca reclamo) y se marcha sin resolver el problema.

Usted se queda navegando en un mar de cavilaciones.

Necesita usted recordar las ruidosas aventuras de la señora, para creer que el... marido

es el mismo sugeto cuyas excelentes prendas de carácter acaba de comprobar.

Piensa usted por un lado que la señora de aquel caballero es un animalucho.

Piensa usted por otro lado (ó por el mismo, porque si no volvemos la cabeza, claro es que pensamos siempre por el mismo lado) en que si él lo toma así...

Le parece á usted imposible que aquel hombre esté en antecedentes.

Recuerda usted después, que aquel hombre ha hecho viajes largos con el dinero de Fulano y de Mengano y...

Nada: que no sabe usted qué pensar.

Casi le entran á usted ganas de buscarle y decirle:

—¿Conque usted no sabe nada?

Pero lo deja usted por inútil. ¡Si todo el mundo sabe que lo sabe él! ¡Si lo saben hasta los chicos de la calle! ¡Si es un sin... vamos, un desaminao!

Y sin embargo, sucede á veces aquello de

«todo Madrid lo sabía,
todo Madrid... menos él.»

Ya puede usted ahondar en el trato con aquel hombre.

Cada vez gustará usted más de él (y de ella) y cada vez sabrá menos á que carta quedarse.

Y el problema es de los que producen hormigueo insoportable en nuestra curiosidad.

Yo conozco un Eduardo de estos (casi todos se llaman Eduardo, como casi todas se llaman Carolina) y no sabiendo cómo resolver el problema, he resuelto preguntárselo, no á él, ni á ella, sino al tercero en indiscordia, ó mejor, en concordia.

Esta misma tarde le he detenido á dos pasos de la casa... del crimen.

¡Qué ha de sospechar él cuál ha sido el objeto de mis bromas!

El muy socarrón me ha dicho que siempre lleva una pistola cargada.

Poco después he encontrado á Eduardo en el Retiro.

Y al verle paseando con los niños, me ha entrado unas ganas de reir, que ¡Dios me bendiga!

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

ROMPIMIENTO

—Mira, mañana te espero junto á la cacharrería de Onofre; si quieres, bajas, y si no te estás arriba.

—Pero dí, ¿por qué no subes?

—Porque tu madre, Francisca, es muy bestia, y yo no quiero tratar con caballerías.

—No la faltes.

—¡Ca, si la hago mucho favor *entavía*!
Sólo que tú, por lo visto,

vas haciéndote muy fina, y te *atufas* en cuanto alguien se mete con tu familia.

¿Me ofendo yo cuando dicen algo malo de la mía?

No. ¿Por qué me he de ofender si es *verdá tóo* lo que digan?

—Bueno, ya sé que lo que haces con todas esas pampinas

es preparar el terreno para buscar la salida.

¿No te parece?

—Lo que hago

es tragar mucha saliva.

—¿Por qué?

—Porque no me quieres, ni me has querido en tu vida.

—¡Qué casualidad!

—Pues claro.

Vamos, al que se le diga que, después de cuatro meses de relaciones *continuas*, estamos, como quien dice, lo mismo que el primer día...

—¿Quieres variar? Nos casamos, y verás como varías.

—¡Me da vergüenza!

—¡Lo creo;

y hasta ver si te se quita, ¿pa qué has de buscar mujer si puedes tener...?

—¡Francisca!

—Como estás *acostumbrao* á tratar con la *Donisia*, que es tan *frígil*, no me extraña que andes á caza de *primas*; pero te *avuerto* una cosa.

—¿Cuál?

—Que á esta personita no hay quien la toque en el mundo sin ir á la Vicaría.

—Pues ¿pa rato tienes!

—Bueno.

Así como así, *entocavía* no *nesecito*, á Dios gracias, que ningún hombre me vista, ni que me dé *pa* el casero, ni que me compre *sortijas*, como esa señora *bufa* que tu conoces.

—¡Ay chical!

Cualquiera que te escuche se va á pensar que eres hija de algún príncipe lo menos.

—¡Toma! ¡otras cosas habría más difíciles!

—¿Pues sabes

que, en cuanto que te decidas á querermelo, voy á ser un personaje, Francisca?

—Pero como que no pienso decidirme mientras viva,

te quedarás de lo que eres; de *méndigo* y compañía.

—¿Lo has *pensao* bien?

—Me parece

—De modo que...

—Ni tan *prima*.

Eres muy poquita cosa; ya te lo he dicho.

—Pues mira:

voy á ver si encuentro un duque y te le traigo enseguida; pero no estará de más que te pongas ropa limpia, porque le va á dar mucho asco si te ve así, tan cochina...

—Hombre, vaya usted... á paseo, *so boceras*.

—¿Pican? ¿Pican?...

J. LÓPEZ SILVA.



LA CLAUQUE

Voy á escribir un artículo en castellano, aunque he necesitado emplear un epígrafe francés, y por otra parte, debo confesar que no sólo es francés el epígrafe, sino el asunto. Llámase *claque* en la lengua francesa á la palmada que da un espectador en el teatro para aplaudir á los actores, y acepto la palabra desde luego por lo que tiene de imitativa, pues, efectivamente, parece que al pronunciarla remeda la boca el ruido producido por las manos en el acto de dar la palmada.

Acepto la palabra también en otra acepción, porque sirve para expresar una cosa que existe ya en todas partes, sin tener nombre en todas las lenguas.

Digo todo esto para que no me critiquen el galicismo, ó más bien, para disculparlo, pues mas vale, en efecto, tomar una palabra extranjera, cuando no la hay en la propia para expresar una idea, que emplear rodeos y concluir por no expresar debidamente lo que se quiere dar á entender.

Yo creo que es una necedad eso de llamar *soirée* á la tertulia y *toilette* al tocado, porque estas palabras, que expresan ideas viejas, tienen ya su lugar correspondiente en las lenguas respectivas; pero siendo para nosotros nuevas las ideas de los inventos de Galvani y Daguerre, por ejemplo, es necesario que nos conformemos con los nombres de *galvanismo* dado á la una y *daguerreotipo* á la otra, convencidos de que en nuestro diccionario no hay palabras equivalentes á estas, y de que nada ganaríamos en inventarlas.

No quiero con esto decir que la idea de la *claque* sea enteramente nueva, y aunque ignoro si fué conocida entre los griegos, me consta que ya existía entre los romanos vasallos de Nerón. Sabido es que este emperador tuvo, entre otras muchas extravagancias, la de salir algunas veces á cantar en el teatro, razón, sin duda, por la cual los cantantes tienen tantos humos que no hay quien les sufra, pues no parece sino que quien dijo *cantante*, dijo *cargante*. Sea como quiera, los historiadores convienen en que el tal Nerón cantaba que se las pelaba, vicio afeminado que no le perdonará ningún hombre capaz de comprender la dignidad de su

sexo, y cantando en público, quiso naturalmente obtener aplausos que lisonjasen su amor propio. He aquí el origen de la *claque*; sólo que hoy la *claque* no es más que una parte del público, y entonces todo el público era *claque*, no porque Nerón mereciese los aplausos de todos los que le escuchaban, sino porque el desgraciado que no aplaudía, iba desde el teatro á la prisión y desde la prisión al cadalso.

¿Qué hacía, pues, la *claque* en tiempo de Nerón? Aplaudir con razón ó sin ella, manifestar un entusiasmo que realmente no existía. Y esto es lo que hace en nuestra época. La diferencia capital está en que la *claque* de Nerón aplaudía por el temor de recibir algún castigo, y la de nuestros días aplaude por la esperanza de alguna recompensa.

Yo creo también que, así en Italia como en España y Francia, la *claque* ha existido casi siempre, como que parece un elemento necesario para la vanidad característica de los cómicos. No diré que el arte se hubiese elevado á la perfección en que hoy se encuentra, pero es verosímil que muchas obras de Racine y de Calderón debieron ya su éxito al esfuerzo de los actores, así como los actores se inspiraban alentados por los esfuerzos de la gente pagada para tributarles aplausos; y la prueba de que esta industria es anterior á nosotros, está en el siguiente cuento, que pertenece al siglo pasado:

Ejecutábase una función dramática en cierta ocasión y en cierto teatro, sin que pueda yo citar el nombre del teatro ni la fecha de la función. Sólo puedo decir que la pieza era mediana y la ejecución detestable, razón por la cual el público hacía todo lo contrario de la *claque*, es decir que silbaba y obraba con justicia. Pero lo que más llamaba la atención en aquella noche era la inconsecuencia de uno de los espectadores, que silbaba y aplaudía á un tiempo mismo.

—Camarada,—dijo uno que estaba cerca de aquel hombre —¿sabe Vd. que su conducta es muy extraña?

—Pues no es sino muy lógica, contestó el otro sin dejar de silbar y aplaudir.

—¿Cómo que lógica? repuso el primero.

—Lo que Vd. oye.

—¿Pues no está Vd. silbando y aplaudiendo á la vez?

—Justamente, y en eso consiste precisamente el cumplimiento de lo que el deber y la conciencia me ordenan.

¿QUÉ PRETENDEN



Que le den una Dirección General. O un estanco...
O dos pesetas.



¡Su amor! ¡nada más que su amor!



¡.....!



Lo de siempre.

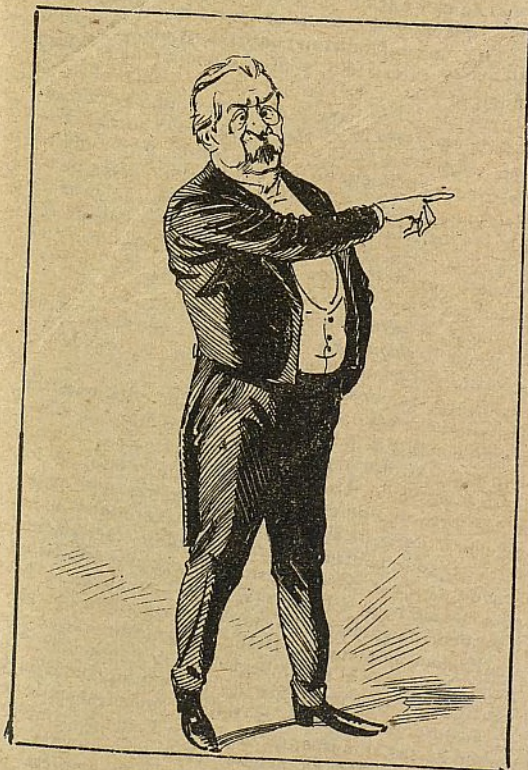
USTEDES?, POR CILLA



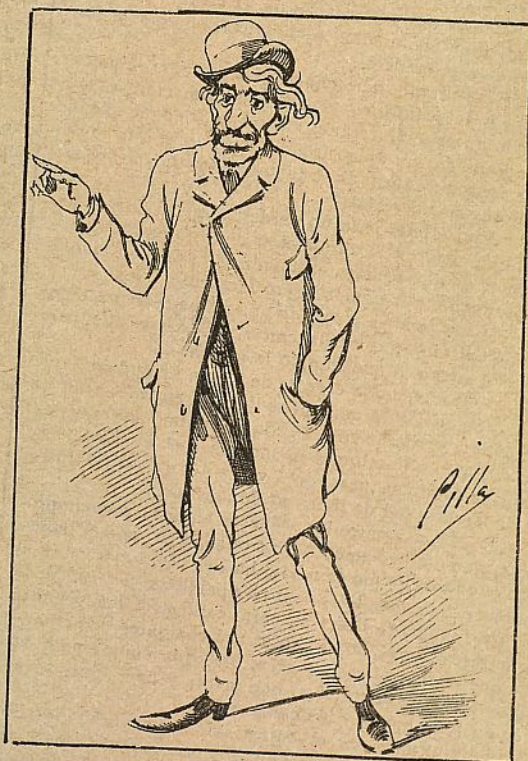
Que le mencionen los periódicos diciendo, «El conocido *sportmann*...»



Que la citen los revisteros diciendo, «La conocida ex-soltera Emilita...»



Que no suba nunca ese.



Que caiga pronto aquel.

CHIRIGOTAS



Solución al jeroglífico del número pasado:
NINGÚN PARTIDO ES BUENO SI NOS PIDE CUARTOS.



Una observación.

Los hombres que á los cuarenta años se casan con mujer joven y bonita, tienen hijos algunas veces.
Los que se casan á los cincuenta, casi nunca.
Los que se casan á los sesenta, siempre.



«El Czar de Rusia padecía hace tiempo un catarro rebelde, que ha conseguido por fin curarse...»
Si; no diga más: tomando el jarabe de Cereza del Dr. Ayer.

Hasta ahora lleva Vd. curados á la reina de Rumanía, á Bismarck, á Caprivi, al Cardenal Rampolla, á Mr. Carnot, al rey de Italia y á no sé cuantos otros personajes.

Pero como resulta que hasta aquí no ha curado Vd. más que á gente de alto rango... será bien que no compremos el jarabe los mortales *rasos*; vamos, los de ínfima graduación.

Que somos precisamente los más.

Y los que, en todo caso, habríamos de dar á Vd. la ganancia.



OBRAS RECIBIDAS.—*La febre d' or*, tomo II, por Narciso Oller. Por hoy me concreto á acusar recibo de la obra y á dar las gracias al autor, que me la ha mandado. De ella hablaremos con la debida extensión en el número próximo.

Magdalena, drama bíblico en 3 actos y en verso, de D. Antonio Ferrer Codina. Bonita edición. Precio: 8 reales.

CORRESPONDENCIA



A. Q.—No sé dónde.—¡Cállese Vd., pornográfico!

F. A.—Valencia.—Pues deduce Vd. mal, porque á Vd. le contesto. Y ¡ay de Vd! le contesto animándole á enviarme otra *cossilla*.

S. G.—Alcoy.—Se debió quedar el sello ahí, porque en la carta no vino. Y no es á nosotros, sino al editor D. Luis Tasso y Serra, á quien debe Vd. dirijirse.

A. S. A.—¡Venga esa firma!

S. T.—Murcia.—El caso es que los chulos no dicen *bamos*, *aprovar*, ni *ordinarieses*. Eso no se dice en los barrios bajos, ni en los altos, ni en los centrales. Lo dicen en los barrios... en donde no se sabe escribir en castellano.

C. C.—Madrid.—Tengo el alto y empingorotado honor de repetir por la centésima y última vez que no se pagan más composiciones que las que pide el director. Y aun, de esas, las que nos gustan.

E. V.—Barcelona.—No son malos, pero... no son buenos. Lo cual quiere decir que son medianos.

V. F. C.—Burgos.—Sí, me parece bien. Mande Vd. lo que guste y cuando guste.

E. C.—Madrid.—Pues... de actualidad sí es; pero flojilla también.

Canta verdades.—Tiene Vd. razón. Y si yo pudiera decirle á Vd. al oído el porqué de esas deficiencias que Vd. nota, vería Vd. como también la tengo yo. Pero todo se corregirá, Dios mediante.

D. P.—Sevilla.—Están tan mancseadas las vecinas que tocan el piano!... Digo, no: esto es una atrocidad. Quiero decir que están tan... En fin, ya entenderá Vd. lo que quiero decir.

J. M.—Reus.—¡Ya lo creo que puede Vd. darle realce al periódico! Y para que empiece Vd. dárselo... allá va. Con su misma ortografía, por supuesto.

A UN ANGEL DE LA TIERRA

Voy á dedicarte una poesía
A causa de ese amor profundo
Que en mi mente se extasia;
Un Angel eres bella María
Si hay Angeles en el mundo.

Es tan grande tu hermosura
Como difícil de comparar.
Cuando vi tu imagen pura
Oí en mi pecho temblar
Un delirio de ventura.

Cuando oí por vez primera
De tu voz esos perfiles
Y tu faz tan echicera
Propia de diez y seis abriles
Aunque hermosa y tan sincera.

Tu voz parece el chocar,
De palomas sin agravios,
Aunque para mas encantar

Dios hizo tus ro'os labios
Tan solo para besar.

¡Oh! si, eres tu bella María
El único ser de los seres
En que pienso noche y día
La mujer de las mujeres
Que cautiva el alma mia.

Si, eres un tipo encantador,
Y una mujer arrebatadora;
La única causa del amor
De ese joven que tanto te adora
Por tu cutis fascinador.

Recibe ser angelical
Esa prueba de mi amor,
Y un abrazo fraternal
Que te envia este joven admira-
De tu hermosura sin igual. [dor

J. M.

C. P.—Barcelona.—Es V. un atrevido innovador. Porque eso de adorar á una mujer

con *CELICAL hermosura*

no lo había hecho, antes que Vd., nadie en el mundo.

E. G.—Sevilla.—¡Andal! ¡Pues si vale Vd. más pesetas que... más pesetasque... En fin, muchísimas pesetas.

J. B.—Guadalajara.—Sucede que, en las composiciones amorosas, de lo bueno á lo *cursi* no hay más que un paso. Que es el que ha dado Vd. precisamente... y Vd. perdone el modo de señalar.

F. B.—Sevilla.—A 5 céntimos el centímetro cuadrado... Y el pago adelantado, como de costumbre.

D. P.—Para el primero, sí, ofrecemos premio; para los demás, no: ¡O es que cree Vd. que queremos arruinarnos en tonto?

J. B.—Barcelona.—Ya vería Vd. que lo acertó. Y con Vd., otros doscientos individuos, sobre poco más ó menos.

A. N.—Santander.—La anterior no estaba mal así es que la publiqué.

Esta... le ha salido á usted

un *poquito desigual*

Y las composiciones que Vd. manda las corrije F. S. ¿verdad?

M. O. A.—Calatayud—Mala, lo que se llama mala, no es. Pero en LA SEMANA... desentonaría.

J. de D.—Habana—Me han dicho que me mandaste varias composiciones. Aquí no llegaron. Reproduce un soneto tuyo de *La Habana Elegante*. ¿Lo viste?

No son publicables (y de veras siento que la falta de espacio me impida decir por qué) las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores J. S.; *Lovaine*, M. R.; *Riquitruin*, J. R. de M.; *Barba Cana*, J. F. S.; *Perico el ciego*, F. A. O.; *Dos tranquilis*, J. P. B.; *Andaluz del Clot*, A. B.; E. P. Z.; *Pepin*, J. A.; *Un lector asiduo*, L. J. G. de L.; *Céfiro blando* y F. G. (Barcelona).—J. P. Lérica.—F. V. de D. Córdoba.—J. U. S.; L. V. y J. L. L. No sé dónde.—*El Doctor Dientes*.—L. G. Antequera—T. R.; *Baltasar, el del festin*, E. V. O.; *Ernesto*, M. I.; *P. Pete* y E. C. Madrid.—A. G. L. y E. F. Coruña.—*Rogue Guinart* Bilbao.—*Un Pladlevuski de por acá*.—*Mochila*.—C. L. O. Sevilla.

Y desde hoy volveremos á contestar á Vdes. semanalmente.

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.

LA REDENCION, POR MECACHIS.



—Pues, me ha hecho reir lo que ha dicho hoy el capellán.
 —¿Qué ha dicho?
 —Que Cristo vino á la tierra á redimir á los hombres. Porque... ¿no somos hombres tú y yo?
 —Claro que sí.
 —Pues si él nos hubiera redimido ¿estaríamos los dos en el servicio?

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN BARCELONA

—D. JUAN TASSO—
 Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ
 Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN VALENCIA

D. Julián Peris Mencheta
 Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL
 Encarnación, 4

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
en la República Mexicana

D. RAFAEL B. ORTEGA
 Primera de Sto. Domingo, 12
 MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
en la Isla de Cuba

Sra. Vda. de Pozo é Hijo
 Obispo, 55 — HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN GUATEMALA

D. ANTONIO PARTEGÁS
 Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN CARACAS

D. Antonio S. de Bethencourt
 Calle del Sur, 4

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN VALLADOLID

D. CELESTINO GONZALEZ
 Kiosco de la Plaza frente al Gran Bazar

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN PARIS

Madame Lemaitre
 Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN BURDEOS

Mr. Marcelin Lacoste
 Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA

Periódico literario, festivo, ilustrado
 Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. . . . Trimestre. 1'50 ptas.
 Fuera. Semestre. 5

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
 Plaza de la Universidad, 5, 4.º 2.º
 BARCELONA.

Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde